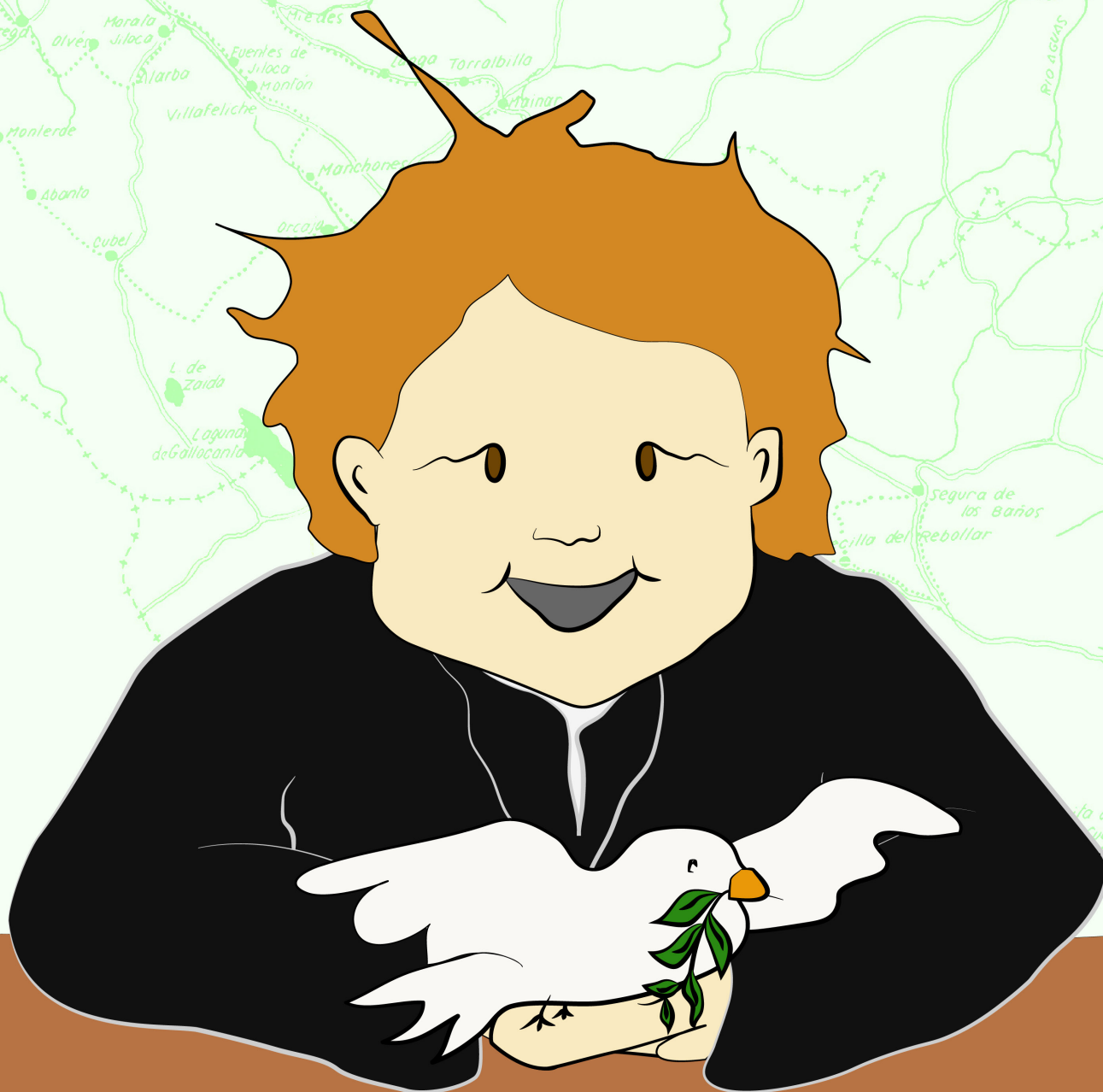


Relato de una vida

JUAN BONAL





EDICIÓN:

Hnas. de la Caridad de Sta. Ana
C/Madre Rafols, 13.
50004 Zaragoza. España
Tels: 976 43 54 22
976 43 91 46
www.chcsa.org

ILUSTRACIONES:

Marta Fresneda Gutiérrez

TEXTO:

Alejandro Campos España

MAQUETACIÓN:

latorre

soluciones gráficas
latorremanresa@yahoo.es
655 898 498

JUAN BONAL

Relato de una vida

Capítulo 1: Infancia

Juan en la escuela dibuja su pueblo.....	5
Juan muestra el dibujo a su padre	6
Juega con sus amigos en el campo	7
Rezando con su hermana María.....	8

Capítulo 2: Adolescencia

Crecía y vivía como un chico normal	9
De monaguillo en su parroquia	10
Cuidaba mucho a su hermano Martín.....	11
Estudiando filosofía en la Universidad de Huesca	12
Comparte con su amigo José Pons	13
Vuelve a Terrades de visita	14
Un cuento para su hermana Margarita	15
Rezando antes de dormir	16

Capítulo 3: Juventud

Se marcha a Reus.....	17
Su vida en Reus.....	18
Profesor de gramática	19
Visita a los presos	20
En el Hospital de la Santa Cruz de Barcelona. Conoce a María Ràfols	21
En la puerta del Hospital de la Santa Cruz planean la ruta para Zaragoza.....	22
Se ponen en camino	23
De camino celebran la Navidad.....	24
Entrada a Zaragoza	25
A los pies de la Virgen del Pilar	26
El Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia en Zaragoza	27
El Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza en Huesca	28
El Hospital de Nuestra Señora de Gracia arde	29
Juan Bonal, junto con las Hermanas, piden limosna	30
¡Un desastre mayor! El segundo sitio.....	31
Juan no sólo confesaba.....	32
Jugando con los niños en la inclusa	33
Celebra la Eucaristía en la iglesia del Hospital.....	34
De nuevo en la inclusa. Enseña el respeto mutuo.....	35

Capítulo 4: Madurez

Se hace limosnero del Hospital	36
Reza y ofrece a Dios todo su dolor	37
Pidiendo limosna en uno de tantos pueblos	38
Visita a las personas necesitadas de Dios.....	39
Presenta las cuentas de las limosnas recaudadas	40
Al Salz, se retira para orar y preparar cada vereda	41
En la Casa de Misericordia de Huesca juega con los niños expósitos.....	42
Con las Hermanas del Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza.....	43
Los dementes del Hospital inspiran su ultima vereda.....	44
Muere en el Salz. Pone sus sueños en el corazón de Dios	45

CAPÍTULO 1: INFANCIA



JUAN, EN LA ESCUELA, DIBUJA SU PUEBLO

- Juan, me encanta tu dibujo —dijo el maestro Jorge— ¿Es el pueblo de Terrades el que has dibujado entre montañas?
- Puede ser... No estoy seguro, si es nuestro pueblo o cualquier otro —contestó el pequeño Juan.
- Me encanta —afirmó Jorge—. Pero hay algo que no entiendo... El pueblo parece deshabitado. ¿Qué hace toda esa gente al pie de la montaña y no en sus casas? —preguntó esta vez extrañado.
- Es que el pueblo se me ha quedado pequeño —contestó mientras cogía el color amarillo— Quiero dibujar más casas para que pueda vivir más gente en él, pero me he quedado sin espacio en el folio.
- Siempre puedes borrar y comenzar de nuevo.
- Prefiero aprovechar lo que tengo —dijo esta vez mientras coloreaba el sol naciente.
- ¿Por eso está al pie de la montaña, para escalarla y construir más casas arriba? —preguntó sorprendido.
- Nada de eso maestro, intentan empujarlas.
- ¡Nunca nadie ha sido capaz de mover las montañas! —afirmó el joven maestro.
- ¡Yo lo estoy haciendo! ¡Ahora lo verá! En mi dibujo, las personas mueven la montaña para dejar espacio y poder construir las casas que necesitan los nuevos habitantes —respondió Juan.

JUAN MUESTRA EL DIBUJO A SU PADRE

El pequeño pueblo de Terrades, en la provincia de Gerona, estaba ese día precioso. El niño Juan Bonal Cortada, que había nacido allí el 24 de Agosto de 1769, tenía ocho años y regresa a casa. Su hermano Jaime lo esperaba en la puerta. Juan llevaba en sus manos el dibujo que había realizado en clase. Su hermana María, tres años más pequeña que Juan, no asistía a la escuela. Las niñas, por el mero hecho de ser niñas, no solían ir a ella. En casa lo esperaban su madre, Francisca, y su padre, José. Nada más llegar, Juan se dirigió a saludar a su padre que se encontraba en ese momento arando la tierra. Se abalanzó sobre él, lo besó en la mejilla y se dieron un fuerte abrazo. Juan le enseñó el dibujo que había realizado en clase a toda su familia. A todos les gustó mucho.





JUEGA CON SUS AMIGOS EN EL CAMPO

Juan continuó yendo a la escuela. Le gustaba asistir a ella porque allí se encontraba con sus amigos y también aprendía cosas nuevas. Por las tardes realizaba junto a sus hermanos los deberes que mandaban en la escuela. Cuando terminaban, Juan solía correr hacia la plaza del pueblo para jugar con sus amigos. Siempre prefirió el campo para jugar. La calle principal del pueblo estaba sin asfaltar. El campo le inspiraba confianza. Era mucho más atractivo. Estar en contacto con la naturaleza le hacía sentirse cerca de su padre. Juan, desde pequeño, admiraba de él la manera que tenía de cultivar, regar y mimar con todo detalle cada parte de su trabajo.

REZANDO CON SU HERMANA MARÍA

Por las noches, antes de acostarse, Juan solía rezar. Lo llevaba haciendo desde que era muy pequeño tal y como le habían enseñado sus padres. Su hermana María entró en ese momento en la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó su hermana.

—Iba a rezar. El otro día, el párroco nos leyó un pasaje del Evangelio. El de Marta y María. ¿Lo recuerdas? —su hermana hizo una mueca extraña—. Jesús estaba en casa de las hermanas: Marta y María. Y mientras María escuchaba todo lo que Jesús le decía, Marta, en cambio, prefería servir la mesa. Iba de la cocina al salón algo agitada. Y como se veía desbordada, le reprochó a Jesús que su hermana María no la estuviera ayudando.

—¿Y qué le contestó Jesús a Marta? —preguntó impaciente.

—Pues le dijo que María hacía bien en escucharlo y que no iba a dejar de hacerlo.

—¡Buaf! —Los ojos se le tornaron—. ¡Marta se tuvo que quedar pasmada!

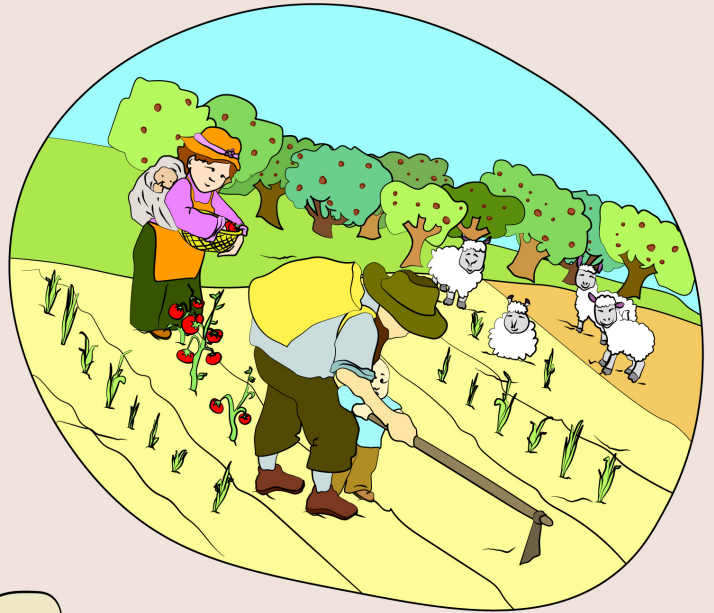
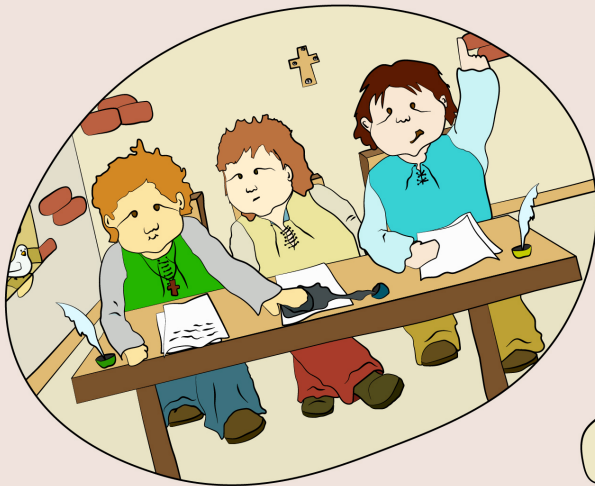
—Bueno, yo pienso que realmente María también estaría ocupada. Quizás esa respuesta, le hizo ver a Marta que no siempre tenemos razón, y que a veces, cada cosa tiene su momento y su tiempo.



CAPÍTULO 2: ADOLESCENCIA

CRECÍA Y VIVÍA COMO UN CHICO NORMAL

Pasaron semanas, meses y algunos años. Juan tenía ahora unos once o doce años. Hacía cosas de adolescente. Sentía y vivía como cualquier niño de esa edad. Por entonces, llevaba ya unos cuantos, sirviendo como monaguillo en la iglesia de su pueblo, Santa Cecilia, donde tanto él como sus hermanos habían sido bautizados. Le gustaba lo que hacía. Se le notaba. Llamaba la atención la manera que tenía de moverse por el altar. Cualquiera que lo veía pensaría que había nacido para ello. Siempre ayudaba al sacerdote en lo que éste le pedía. Como ambos se conocían bastante bien, solo bastaba una mirada entre ellos para que Juan supiera a lo que tenía que hacer en el extremo del altar.



DE MONAGUILLO EN SU PARROQUIA

Un día, a la salida de misa, Juan se quedó con el párroco hablando un rato. Le encantaba de él la capacidad que tenía de acoger, escuchar, de tener buenas y alentadoras palabras y, por supuesto, gestos agradables para con los demás. Juan, desde pequeño, lo imitaba en todo.

—¿Qué tal la semana, Juan? Llevo días que no sé nada de ti —dijo el párroco entusiasmado.

—Bien... He estado estos días estudiando mucho y, en casa, mis hermanos han necesitado de mi atención.

—No te preocupes. Imagino que, siendo familia numerosa, las cosas no pueden funcionar bien si no os ayudáis los unos a los otros. Y eso requiere tiempo —dijo esta vez mientras caminaba y se llevaba las manos hacia atrás—. Ayer vi a tus padres, colaborando como siempre con la parroquia. Estoy muy agradecido por la ayuda que prestan siempre. ¿Qué tal están?

—Bien, todos estamos bien. Siempre preguntas por ellos y eso me llama profundamente la atención —señaló Juan.

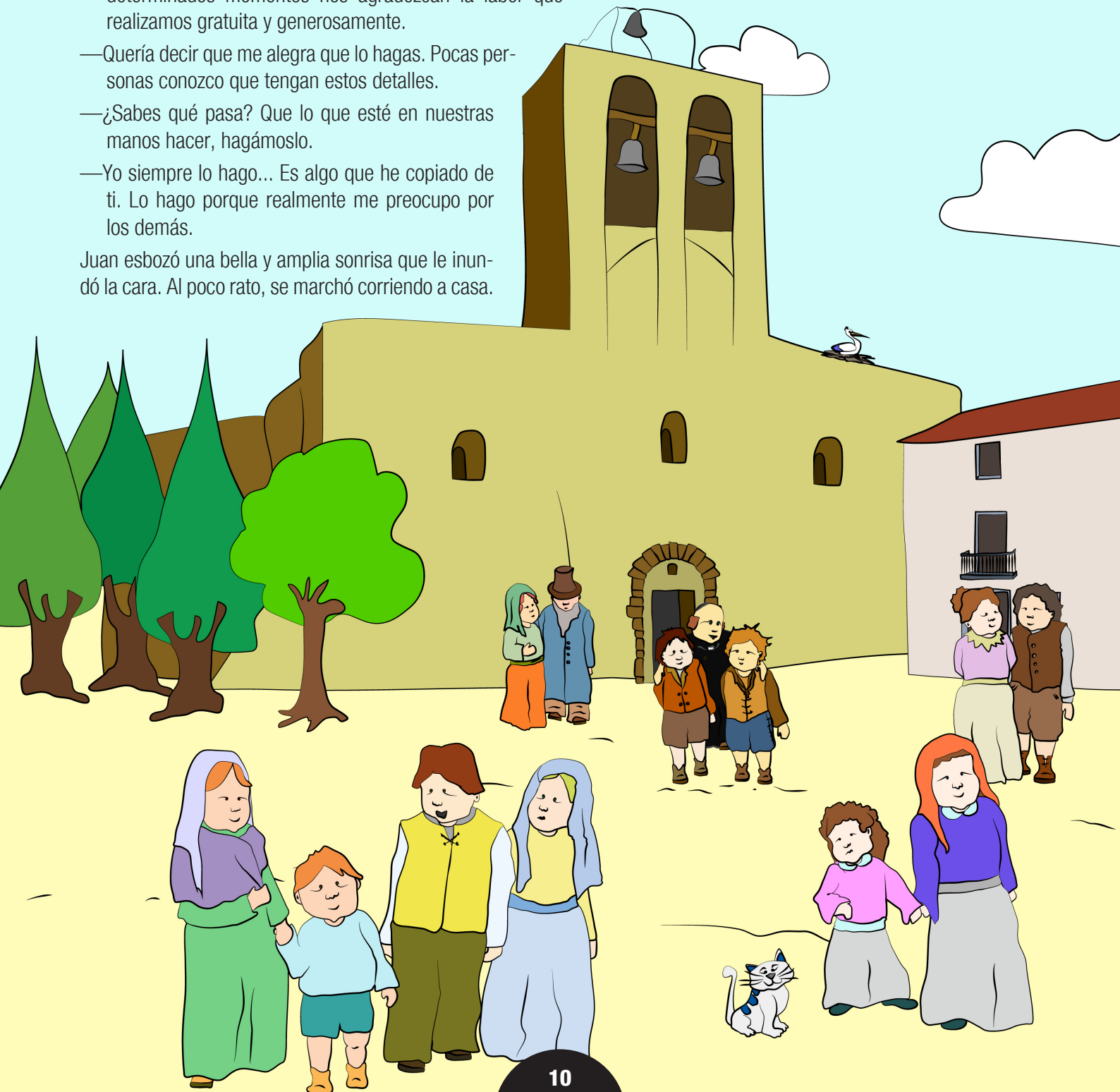
—¿Por qué te llama la atención? A las personas nos gusta que se interesen por nosotros y nuestra familia, y que en determinados momentos nos agradezcan la labor que realizamos gratuita y generosamente.

—Quería decir que me alegra que lo hagas. Pocas personas conozco que tengan estos detalles.

—¿Sabes qué pasa? Que lo que esté en nuestras manos hacer, hagámoslo.

—Yo siempre lo hago... Es algo que he copiado de ti. Lo hago porque realmente me preocupo por los demás.

Juan esbozó una bella y amplia sonrisa que le inundó la cara. Al poco rato, se marchó corriendo a casa.





Pasaron de nuevo semanas, meses y algunos años. Juan y Martín se llevaban muy bien a pesar de la diferencia de edad. Juan siempre andaba muy pendiente de él.

Los domingos, como de costumbre, iban todos a misa. Ese día llegaban tarde. Martín, esa mañana, se peleaba con los cordones de sus zapatos nuevos. No había forma de que fuera capaz por sí solo de hacer la lazada perfecta para mantenerlos unidos. Juan, entonces, un poco agobiado con la hora y descubriendo el conflicto que su hermano tenía con sus zapatos, se agachó y lo ayudó, no sin antes enseñarle cómo se hacía. Cuando ambos estuvieron listos, salieron corriendo a la iglesia y llegaron justo en el momento en el que se estaban santiguando.

A la salida, Juan se acercó con su hermano a comprar pan al horno. Martín andaba en ese momento un poco despistado. Juan, en cambio, se fijaba en las casas de piedra que había a ambos lados de la calle Mayor que conducía al horno. Cuando llegaron, Martín se dedicó a contar los panes en voz alta al tiempo que Juan pedía a la señora cuatro bollos calientes.

ESTUDIANDO FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD DE HUESCA



A Juan nunca le gustaron las despedidas, pero llegó el momento de hacerlo. Se tenía que marchar a Huesca para poder estudiar lo que tiempo atrás había estado barajando. Él sabía que le costaría partir a una nueva ciudad, pero tenía que hacerlo.

—Te quiero mucho, cariño. Estudia y cuídate mucho. Seguro que vas a ser el mejor —dijo su madre.

—Lo haré, mamá —dijo Juan mientras la abrazaba.

Juan ahora se dirigió a su padre que lo miraba cabizbajo y con ternura. El sombrero que José llevaba se le cayó al suelo. Su hermano Martín corrió a recogerlo, pero para cuando se lo quiso dar, Juan ya se encontraba abrazado a su padre. Y el padre abrazado a su hijo. Sus hermanos se acercaron a la vez para abrazarlo. Martín se le enredó entre las piernas, María lo cogió por el costado y a Jaime le bastó un pellizco en la mejilla para demostrarle con ternura que lo echaría de menos. Juan sonrió, les devolvió la última mirada y se marchó sin mirar atrás.

COMPARTE CON SU AMIGO JOSÉ PONS



Pasado algún tiempo Juan demostró ser un excelente estudiante. A medida que pasaba el tiempo fue progresando en sus calificaciones. Sus profesores cada vez más, lo iban felicitando por ello. Estando en Huesca, descubrió que un compañero suyo del pueblo también se encontraba allí estudiando Filosofía. Juan se alegró mucho de coincidir con él en la misma clase, pues le hacía sentirse más tranquilo y seguro de que no era el único que había dado el paso de salir fuera de su pueblo para comenzar una nueva etapa.

VUELVE A TERRADES DE VISITA

Pasados unos meses, Juan regresó a casa para visitar a sus padres y hermanos. Juan le trajo a su hermana Margarita el cuento popular de Caperucita Roja y, a su hermana, María un libro nuevo de oraciones. Juan esperaba que estos libros se los leyera su hermano Jaime. Soñaba con fuerza que algún día las niñas pudieran ir a la escuela. Juan les trajo también a sus dos hermanos una bufanda diferente a cada uno de ellos. A su madre una panera, y al padre, un sombrero nuevo. Todos estaban felices de volver a encontrarse. Comieron pan con tomate y butifarras de diferentes tipos. Cuando terminaron, todos se fueron a descansar un rato.



Todos menos su padre, que se quedó con Juan hablando en el porche de detrás de la casa. Justo donde habían comido.

—Sé que estás bien y me alegro de ello —dijo el padre con voz grave.

—Gracias papá —contestó Juan.

—¿Por qué, hijo?

—Por seguir aquí conmigo, acompañándome.

UN CUENTO PARA SU HERMANA MARGARITA

Margarita ahora tenía tres años, cuando nació fue una alegría para toda la familia. Sus ojos eran vivos, nítidos y grandes. Las facciones de su cara eran cándidas y su nariz pequeña. Cuando sonreía lo hacía a bocajarro, mostrando las encías encima de los dientes. Era una muñeca que siempre andaba por casa con dos coletas que su hermana María le hacía. A Juan le encantaba de su hermana la manera que tenía de relatar todo lo que hacía. Margarita tenía costumbre de hablar a todas horas, aprendió a hablar mucho antes que cualquier niña de su edad. Hablaba de lo que hacía, pensaba, y sentía. Siempre tenía algo que decir a pesar de su corta edad.

—He comido galletas de chocolate, me duele la barriga, y por eso estoy triste. Quiero que papá llegue ya de trabajar y me lea un cuento —dijo Margarita al tiempo que retorcía la cara de dolor y angustia.

—Tranquila, el cuento te lo puedo leer yo —contestó Juan.

—¿Cuál me vas a leer? —preguntó la pequeña.

—Dímelo tú.

—¡Quiero el del lobo! Juan y el lobo —dijo esta vez algo chistosa.

—Querrás decir, Pedro y el lobo.

—Eso, lo mismo es.

—Vale.



REZANDO ANTES DE DORMIR

Juan seguía teniendo la costumbre de rezar antes de acostarse. De hecho, lo hizo hasta el final de su vida. Rezar era una necesidad para él. Le transmitía la paz y serenidad suficiente como para conciliar el sueño.

Siempre que rezaba se acordaba de toda su familia y amigos. Y también de su párroco, pues sentía que era la persona que le había ayudado en sus dudas de fe y de vida mientras fue niño y adolescente en Terrades. Rezaba por todos los que él quería y todo lo que le rodeaba.

Lo de Juan no solo era pedir, sino también agradecer. Pedía y agradecía. Y establecía un diálogo con Dios en el que le contaba todo lo que había hecho durante ese día. Era el momento de poner en la balanza lo bueno y lo mejorable. Era el encuentro consigo mismo y con el Dios que lo habitaba.

Al día siguiente, siempre notaba que se levantaba con ganas de comerse el mundo.



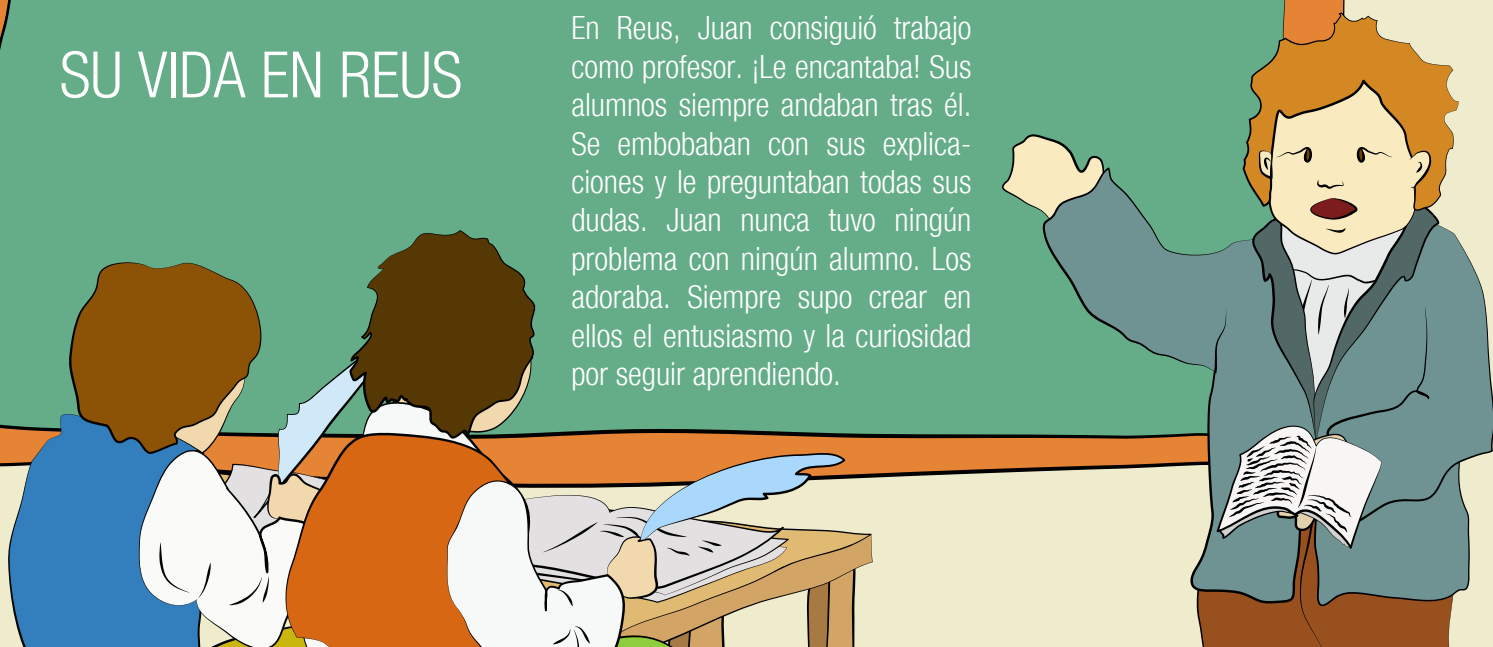


CAPÍTULO 3: JUVENTUD SE MARCHA A REUS

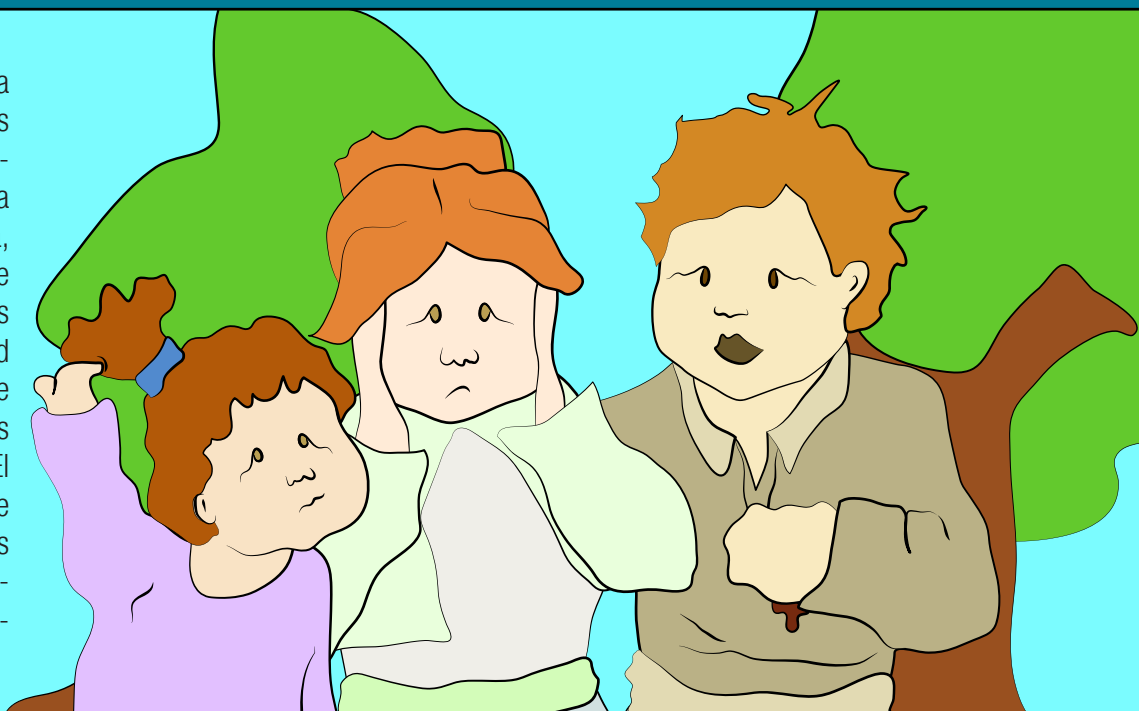
Pasaron los años, y los años. Sí, eso, los años. Juan tenía ahora veintisiete. Con esa edad tenía más ganas que nunca de comerse el mundo. Por entonces, Juan era una persona que había adquirido muchos conocimientos. Tenía muchos estudios realizados hasta ese momento. En primer lugar, tenía terminados los de Filosofía. En segundo lugar, tenía aprobadas con muy buenos resultados las primeras oposiciones de Gramática a las que se presentó en las Villas de Ripoll y Sampedro en Cataluña. En tercer lugar, tenía también sus estudios de Teología e Historia Eclesiástica, de los que había realizado los tres primeros años, en la ciudad de Barcelona y, el cuarto y último curso, en la ciudad de Zaragoza. Y con todos estos estudios a sus espaldas o, mejor dicho, en su cabeza, se trasladó a la Villa de Reus Cataluña. Allí estaría siete largos años.

SU VIDA EN REUS

En Reus, Juan consiguió trabajo como profesor. ¡Le encantaba! Sus alumnos siempre andaban tras él. Se embobaban con sus explicaciones y le preguntaban todas sus dudas. Juan nunca tuvo ningún problema con ningún alumno. Los adoraba. Siempre supo crear en ellos el entusiasmo y la curiosidad por seguir aprendiendo.



Como consecuencias de la guerra, al Hospital de Reus llegaban muchos hombres heridos; muchas mujeres, ahora viudas a causa de la guerra, que habían sido brutalmente maltratadas; y niños huérfanos y desamparados. La actividad de servicio a los demás que llevó a cabo Juan durante esos años en Reus fue tremenda. El ritmo era trepidante. Siempre tenía algo que hacer. A las mujeres viudas, las acompañaba en su dolor y se interesaba por sus hijos



Había días que visitaba a los presos de la cárcel;



otros, a los enfermos y heridos de guerra del santo hospital; y siempre, eso sí, al final del día, acudía a misa y rezaba reflexionando sobre todo lo vivido durante la jornada.



PROFESOR DE GRAMÁTICA

Era lunes, el día anterior, Juan había acompañado a todos sus alumnos a misa tal y como venía haciendo desde que llegó a Reus. A pesar de lo convulso que era el ambiente en ese momento, los alumnos de Juan seguían asistiendo a clase. Ese día, Juan llegó a clase con una noticia especial.

—Hoy es un gran día para mí y me gustaría compartirlo con todos vosotros —dijo Juan al tiempo que repartía una onza de chocolate a cada uno de sus alumnos.

Los chicos lo miraban sorprendido.

—¿Qué celebramos Don Juan? —preguntó el chico listo de la clase.

—Me he ordenado sacerdote —dijo al tiempo que arqueaba una ceja.

—¡Anda!. —exclamaron todos a la vez.

Se miraban entre ellos. A muchos se le entornaron los ojos y otros muchos se sonrojaron al tiempo que sonreían. La alegría les inundó a todos por igual. Cada uno la manifestaba a su manera.

—Es cierto chicos, a partir de hoy podréis dirigiros a mí como Padre Juan o Mosén.

—¡Eso es estupendo! —exclamó el vago de la clase.

—Eso es, Miguel. Por eso os invito a chocolate.

—Gracias —dijo esta vez el tartamudo al tiempo que se le atropellaba la palabra.

—Dios me ha llamado a ser sacerdote —dijo convencido—. ¡Y ahora a trabajar! El otro día nos quedamos leyendo la segunda parte de El Quijote. Abrid los libros por favor...

Los chicos hicieron lo que les pidió el nuevo mosén.



VISITA A LOS PRESOS

Terminada la clase, sin casi tiempo para comer, Juan salió para visitar a los presos de la cárcel.

—Me alegro de verte, Juan —dijo el preso algo apesadumbrado. Ese día, parecía estar aburrido cuando Juan llegó a visitarlo.

—¿Cómo estás hoy, Javier?

—He tenido días mejores —respondió el preso.

—Desde hoy soy el Padre Juan. Me he ordenado sacerdote.

—¿Para la Iglesia?

—¡Claro hombre! ¿Para qué sino? —dijo riéndose.

—No me sorprende. El mundo necesita gente como tú que de manera desinteresada haga todo lo que haces. Aún me cuesta creer que estés aquí acompañándome cada tarde que puedes. A mí me haces mucho bien.

—Gracias, Javier.

—Lo digo en serio. Espero que me creas, y no te mentaría si te digo que me encantaría conocer a tu Dios. Ojalá me sienta realmente perdonado por lo que hice. Estoy preso por cosas feas, tú bien lo sabes, pero me siento arrepentido de mis actos. Tú siempre me has dicho que tu Dios perdona los pecados.

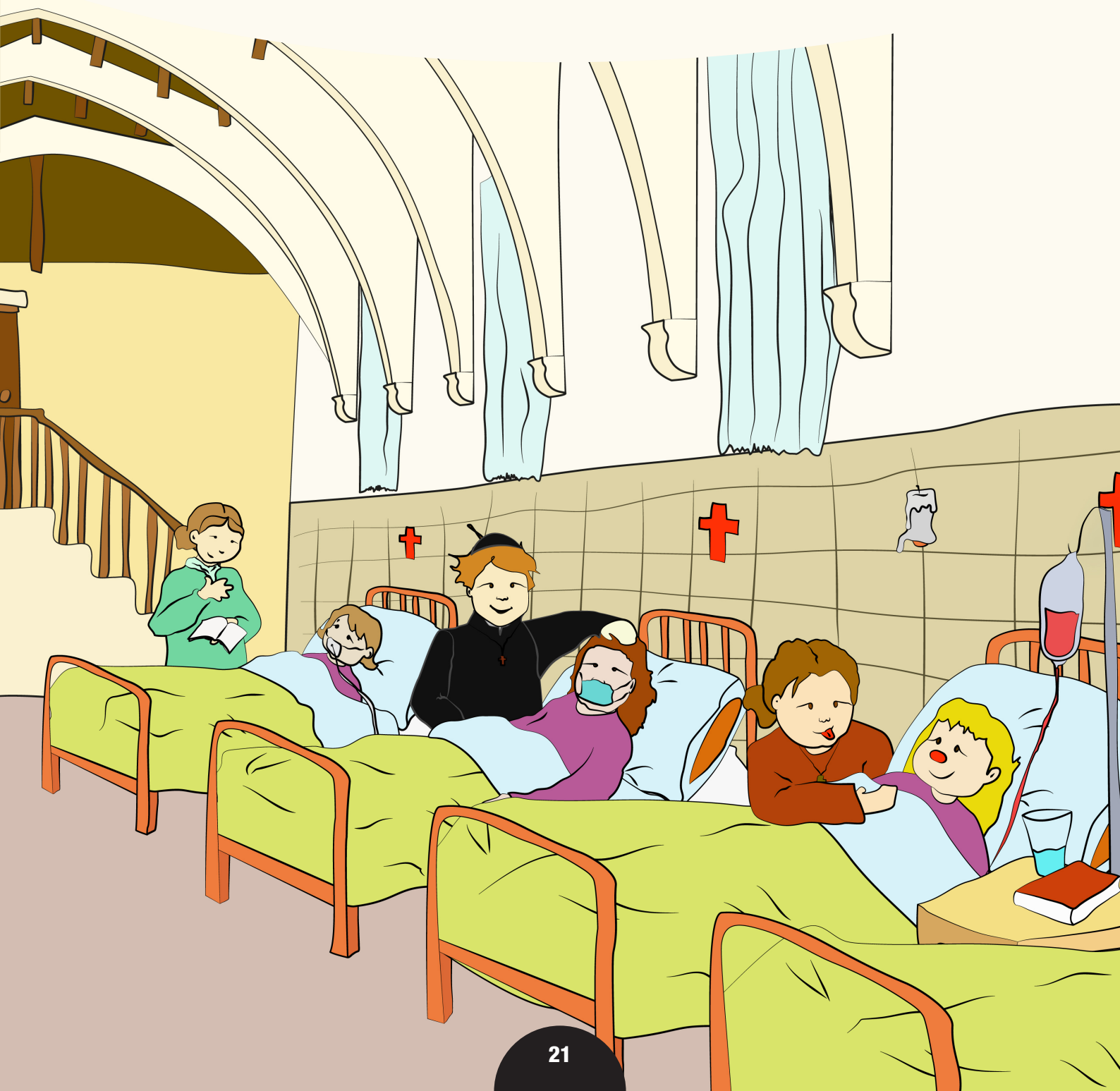
—Mi Dios es también tu Dios. Es el Dios de todos. Y sí, Él siempre perdona tus pecados. Te quiere de la misma manera que me quiere a mí. Quiere lo mejor para todos.



EN EL HOSPITAL DE LA SANTA CRUZ DE BARCELONA.
CONOCE A MARÍA RÀFOLS

Pasó algún tiempo. Y Juan, decidió entonces dejar la enseñanza en Reus y, tras una corta experiencia como Vicario en la parroquia de Santa Catalina de Vinyols del Camp, se fue al Hospital de la Santa Cruz de Barcelona, que era conocido por su acogida a los más pobres. El Hospital estaba regido por la MIA (Muy Ilustrísima Administración). Desde el momento en el que lo pisó, lo hizo en calidad de Vicario o Capellán. Se encargaba de la atención espiritual de los enfermos, pero también animaba a los voluntarios para el servicio de los hospitales. Aquí estuvo cinco meses.

Un día, visitando Juan la sala de las mujeres, encontró a unas voluntarias atendiéndolas. Le llamó especialmente la atención cómo trabajaba una de ellas. Le cautivó la manera que tenía de mirar y tratar a las enfermas, la manera de hablarles, su tono dulce y amable, la manera que tenía de recostarlas sobre la cama y darles de comer, de lavarlas, curarlas, animarlas y, sobre todo, de acompañarlas. Era María. María Ràfols.



EN LA PUERTA DEL HOSPITAL DE LA SANTA CRUZ PLANEAN LA RUTA PARA ZARAGOZA

Pasaron los días y los meses. La relación entre Juan Bonal y María Ràfols se fortaleció. Era tan grande y eficaz la tarea que realizaban cada día junto a las Hermandades (Hermanos de la Caridad de la Santa Cruz y Hermanas Hospitalarias de la Santa Cruz) y voluntarios, que el Hospital llegó a ser referente de los demás. La noticia llegó al Santo Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza. La Junta de Gobierno o Sitiada de dicho Hospital le pidió a la MIA si podían ir voluntarios de ahí para atender a los enfermos.

Juan fue reuniendo a voluntarios de diferentes sitios y de ambos sexos que estuvieran dispuestos a acompañarlo para sus nuevas funciones en Zaragoza. Al frente de cada uno de estos grupos de voluntarios, Juan puso como presidente de la Hermandad de los hombres a Joseph Torradellas; y de las mujeres, a María Ràfols.

Juan y María ultimaban los detalles del viaje. Partirían dentro de tres días. Ambos trazaban, ayudados de un mapa, la ruta que iban a realizar. Ambos sabían que tardarían unos trece o quince días aproximadamente en llegar desde Barcelona a Zaragoza en carromatos. Hacía frío, mucho frío, y eso no jugaba a su favor.





SE PONEN EN CAMINO

Pasaron los tres días. Las Hermandades salieron por la mañana muy temprano. Los carromatos iban hasta arriba de enseres y víveres. Los conducían los guías. Uno por carromato. Al lado de ellos, por delante y por detrás, caminaban los jóvenes Hermanos y Hermanas repletos de ilusión. Al frente de la Hermandad de los hombres, iba Joseph Torradellas y, al frente de la Hermandad de las mujeres iba, María Ràfols. En total, doce Hermanos y doce Hermanas. Unos diez metros más adelante, los guiaba a caballo el postillón, que se encargaba de abrir camino.

Era invierno. Hacía frío. En más de una ocasión les cogía la tormenta y, el cielo entonces, se iluminaba por los rayos y truenos. Los caminos estaban enfangados y eso hacía que en muchas ocasiones los carromatos se quedaran hundidos en el barro. Los guías y el postillón, con la ayuda de los Hermanos, desatrancaban y liberaban los carromatos.

A pesar de todo, las dificultades del camino se aminoraban con el gozo que sentían por la tarea que iban a realizar a su llegada a Zaragoza.

Siempre que podían hacían noche en alguna posada que encontraban en el camino. Hacía mucho frío para dormir a la intemperie y aun así, se tapaban con las mantas que les facilitaban y con las que ellos llevaban. En todas y cada una de las posadas, las hermandades fueron bien recibidas y ellas siempre pagaban con monedas.

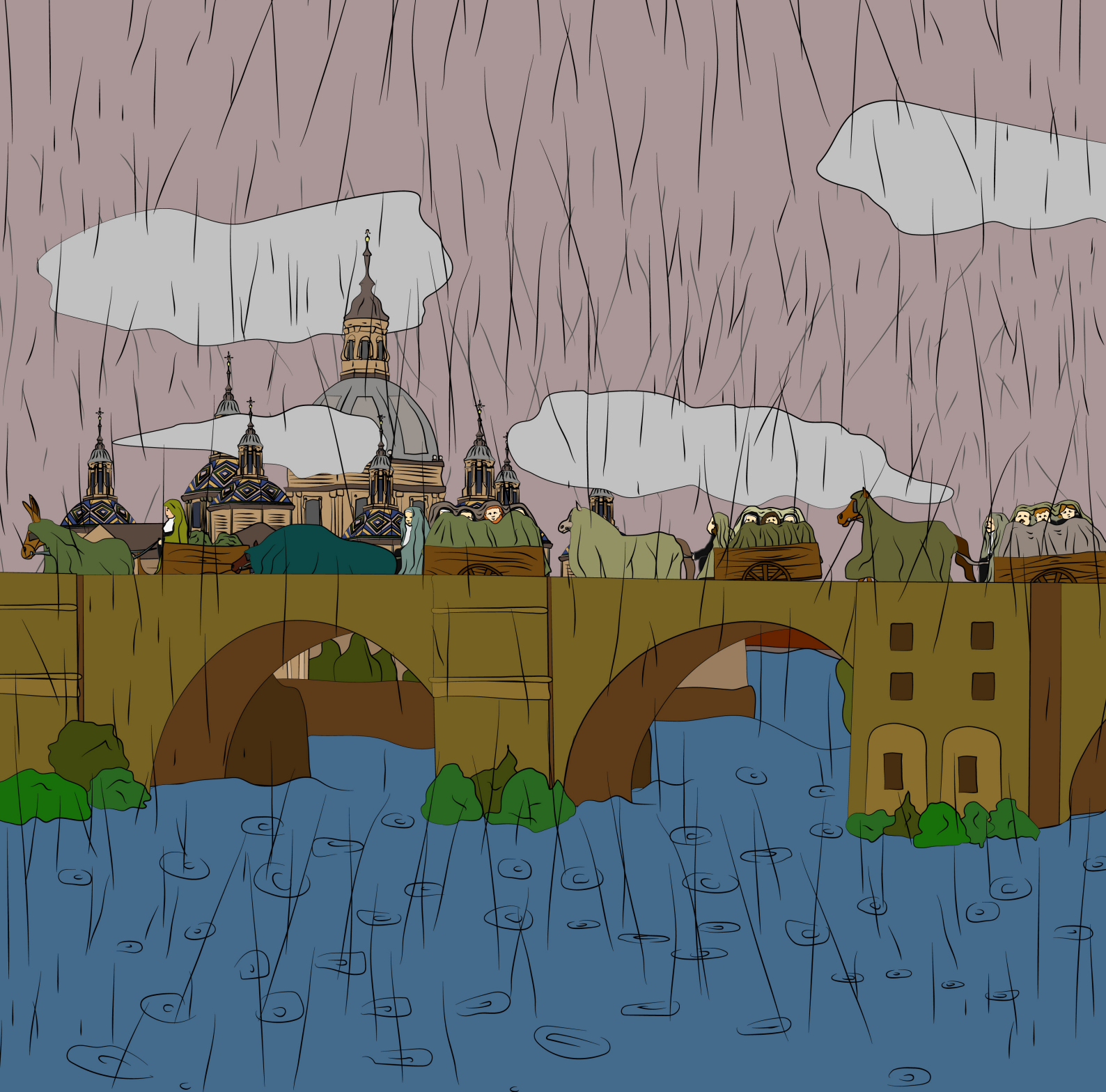
DE CAMINO CELEBRAN LA NAVIDAD

Avanzaron y avanzaron. La tarde cayó. Esa noche, la posada estaba al completo de su capacidad, pero los huéspedes, enterados de la llegada de este numeroso grupo, hicieron hueco para que todos pudieran pasar la noche.

Agradecidos con la acogida, Juan y María montaron un pequeño Belén que llevaban consigo. Celebraron misa e hicieron partícipe de ella al posadero con su familia y a los huéspedes y forasteros. Después cenaron, hablaron, rieron y cantaron villancicos. Celebraron felices el Nacimiento de Jesús. Era 25 de diciembre. Rezaron y durmieron los unos junto a los otros plácidamente. La Navidad les había cogido en camino.

Llegaron a Zaragoza el 28 de diciembre. A escasos kilómetros de la ciudad de Zaragoza, Juan mandó a uno de los Hermanos a que se adelantara apresuradamente para avisar a la Junta de Gobierno del Hospital, de la llegada de las Hermandades.





ENTRADA A ZARAGOZA

La panorámica de la ciudad era espectacular. En la oscuridad de la noche apreciaron, como si quisiera dibujarse en el aire, la cúpula de la Basílica del Pilar. La estampa, al tiempo que algo fastuosa, se mostraba bella ante los sorprendidos ojos de ambas Hermandades.

Caída la noche. Estando el cielo más negro de lo habitual y apenas con dos farolas de aceite, encendidas por cada Hermano y Hermana, y sujetas por sus manos, llegaron. El camino les condujo definitivamente a la entrada de la ciudad de Zaragoza. Llegaron y se detuvieron. Estando sobre el Puente de Piedra comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Lo cruzaron, y al otro extremo, justo en una de las doce puertas que daban acceso a la ciudad, les esperaban los Regidores del Hospital.

Las Hermanas fueron trasladadas en los coches de estos, directas a la Basílica del Pilar. Los Hermanos, en cambio, lo hicieron en sus carromatos. La Sitiada se encargó de que fueran llevados directamente al Hospital por voluntarios de la ciudad.



A LOS PIES DE LA VIRGEN DEL PILAR

El bullicio de la muchedumbre, que sabía de la noticia de su llegada y que, se agolpaba a las puertas, era espantoso. Entraron juntos a la Basílica de Santa María del Pilar. Los Hermanos y Hermanas se postraron ante la pequeña y bella imagen de la Virgen. Dieron gracias por la feliz llegada y pidieron protección y amparo para la misión que les había sido encomendada.

A continuación, se dirigieron al Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia. Los Hermanos y Hermanas fueron conducidos directamente al salón principal. Se calentaron los pies en una enorme chimenea al tiempo que tomaban chocolate caliente. Estaban, ahora sí, realmente cansados, pero las ganas de comenzar a trabajar de inmediato eran enormes. La Sitiada, teniendo en consideración que habían realizado un largo viaje, les ordenó a todos que descansaran. No comenzarían a trabajar hasta pasados tres días.

EL HOSPITAL REAL Y GENERAL DE NUESTRA SEÑORA DE GRACIA EN ZARAGOZA

El 1 de enero de 1805 comenzó la jornada con el trabajo de las nuevas Hermandades en colaboración con los trabajadores del lugar. El Hospital atendía a enfermos de cualquier dolencia, como podía ser la fiebre; enfermedades de la piel; demen-
tes; embarazadas; madres; nodrizas; niños expósitos que habían sido abandonados por sus madres; y demás desvalidos.

Juan comienza su misión de pasionero, es decir, sacerdote destinado a la asistencia espiritual, y les entrega a todos el Cuadernito que él mismo había redactado. Contenía las reglas o normas para las Hermandades. La primera era la obediencia a la Sitiada. La segunda, su ideario espiritual y comunitario.

La situación del Hospital era deprimente. Los trabajadores se habían vuelto vagos. La suciedad estaba por todos lados. No barrían. Las palanganas de los enfermos se derramaban y quedaban en el suelo sin ser recogidas. El olor era insopor-
table, no solo por la acumulación de orina sino de excrementos.

En poco tiempo, la labor de los Hermanos y Hermanas dio buenos resultados. Ahora todo estaba limpio. Los enfermos eran bien atendidos, recibían consuelo, atenciones de acuerdo a su malestar, alivio a sus dolores, y eran acompañados en lo personal y lo espiritual. Los Hermanos y Hermanas tenían muy clara su vocación cristiana. Todo lo hacían desde el amor inmenso que sentían por Cristo. Y eso nada ni nadie podía cambiarlo.





EL HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA. EN HUESCA

Pasados dos años, en 1807, la noticia del buen hacer de las Hermandades corrió tan rápido por la ciudad y fuera de ella, sobre todo la labor de la femenina, que llegaron a pedirle a Juan que llevara voluntarios al Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza de Huesca. Y así lo hizo, con dos de las primitivas Hermanas del grupo de Zaragoza y, trayendo personalmente las demás de Cataluña, constituyó la comunidad de Huesca.

A pesar de su buen hacer los Hermanos, tuvieron muchas dificultades, malentendidos y desacuerdos con la Sitiada del Hospital y con los propios trabajadores del mismo. Como consecuencia de todas estas disputas, la Hermandad masculina se extinguió por completo entre 1807 y 1808. Todos se fueron, incluido el Hermano Torradellas que tan amigo era de Juan. ¿Qué los agitó? ¿Qué acabó con ellos?

EL HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE GRACIA ARDE.

Primer Sitio de Zaragoza. 15 de junio de 1808 hasta el 14 de agosto.

En 1808, comenzó en España realmente la Guerra de la Independencia. La ciudad de Zaragoza fue atacada por las tropas napoleónicas. Estamos ante el asedio o Primer Sitio de Zaragoza. El 3 de agosto, la artillería francesa lanzó bombas contra el Hospital. Lo bombardearon en repetidas ocasiones. El Hospital comenzó a arder poco a poco por todas partes. Tardaron horas en sacar a todos los enfermos que no podían caminar o a los que les costaba mucho hacerlo.

Los enfermos fueron rápidamente trasladados a la Lonja, la Audiencia, al Ayuntamiento y la Diputación que se habilitaron como espacios improvisados para atender a los enfermos y heridos de guerra. No murió nadie en el desalojo del Hospital. Pero muchos enfermos empeoraron a causa de este suceso. Todos pasaron mucho miedo, especialmente los dementes. Estos últimos, se escapaban despavoridos. Las Hermanas tuvieron que correr tras ellos para tranquilizarlos y salvarlos. María Ràfols llegó incluso hasta el campamento francés para rescatar a algunos de los dementes que se había cobijado accidentalmente en ese lugar.



JUAN BONAL, JUNTO CON LAS HERMANAS, PIDEN LIMOSNA

La pobreza, ahora sí, era mucho mayor. Juan Bonal, María Ràfols y otra Hermana salieron por las calles de Zaragoza, pidiendo limosna en las puertas de las iglesias y casas. Ese día consiguieron dinero con el que, posteriormente, comprarían las cabezas de ganado y menudencias; se harían con algo de ropa; medicamentos; piezas de fruta, pan, algo de carne y huevos que las familias más pudientes les dieron para los enfermos y heridos del Hospital.

—¡Eh, chico! ¿Qué haces? —dijo Juan dirigiéndose al chaval.

Juan, de repente, descubrió con dolor cómo un niño de la calle había uno de los sacos de pan que habían recogido como limosna. El chico se asustó. Dio un paso hacia atrás. Juan y él se mantuvieron la mirada. El pequeño se frotó la cara. La tenía sucia. Le faltaban algunos dientes. Sus ropas estaban raídas y sucias. Juan, con un gesto lo invitó a que cogiera el pan que quisiera. El niño abrió el saco sin retirarle la mirada, y cogió del interior una pieza. Se la llevó a la boca y se marchó.





¡UN DESASTRE MAYOR!

El segundo Sitio. Diciembre de 1808 (cuatro meses más tarde).

Pasaron días, semanas, incluso meses, y la situación no cambiaba. El 21 de diciembre de 1808, la ciudad es nuevamente atacada por los franceses. En este Segundo Sitio fueron destruidos muchos edificios emblemáticos de Zaragoza. Toda la ciudad estaba rodeada. Cortaron el agua. Buscaban la rendición de toda la ciudad, pero en cambio, ésta resistía.

Uno de los que mantenía la resistencia física, moral y espiritual era el Padre Juan junto a las Hermanas y Regidores del Hospital. Juan Bonal corría por entonces de un hospital a otro, para la atención espiritual de los enfermos que necesitaban entender y aceptar la realidad del momento. Pasaba mucho tiempo consolándolos y asistiéndolos espiritualmente como Pasionero. Él no era médico, sus curas iban más allá del cuerpo.

Juan rezaba el rosario con ellos. Les leía la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Visitaba a los niños abandonados y jugaba con ellos. Consolaba y confesaba a los prisioneros de ambos bandos. Asistía a los sentenciados a muerte por los franceses y llegó incluso a salvar a dos condenados.



JUAN NO SÓLO CONFESABA...

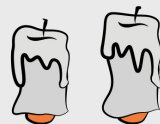
Las calles se volvieron un auténtico cementerio. Los franceses consiguieron hacerse con el control de la ciudad. No aún con el control del Hospital. Ocasionalmente, Juan atendía a los enfermos más allá de sus funciones. Nada le era indiferente. Si hacía falta no solo confesaba...

—¿Qué tal está la sopa? —preguntó Juan a la anciana a la que asistía.

La señora no podía hablar, era tan mayor y estaba tan débil que no le salía la voz del cuerpo, pero su gesto expresaba el agradecimiento que sentía por ser tan bien atendida.

Entre diciembre de 1808 y los primeros meses de 1809, las Hermanas, como pensaban que otros tenían menos que ellas, dieron parte de sus comidas diarias a la Junta de Gobierno del Hospital para que esta lo repartiera como estimara entre los enfermos. (Son los llamados des pintes). Ellas se mal alimentaban a favor de los enfermos y repartían sus fuerzas como podían. En momentos de mucha escasez de alimentos llegaron a donar setecientos veinte raciones de comida. Nueve Hermanas murieron entre 1808 y 1809 a causa del hambre y del cansancio. La actuación de ella fue heroica.

JUGANDO CON LOS NIÑOS EN LA INCLUSA.



A lo largo de 1809 y ya ubicados eso sí, tantos los adultos como los niños en el Hospital de Convalecientes, las Hermanas en más de una ocasión recibían alguna sorpresa. Muchas madres, pobres y enfermas, daban a luz y abandonaban a sus hijos. Estas los dejaban en las puertas del Hospital, en un torno que había muy cerca de ellas. Estos niños siempre eran recibidos por las Hermanas. Ahora pasaban a formar parte de la Inclusa que era el lugar donde vivían estos niños junto a otros que estaban enfermos y eran igualmente atendidos.



Solo Juan sabía lo importante que era que los niños del Hospital jugaran. Creía que jugando con ellos podrían olvidar por un rato las fatídicas consecuencias que había traído la guerra. Y también tenía gran interés en que aprendiesen oficios útiles, como sastre o zapatero con los que poderse ganar la vida de mayores.



CELEBRA LA EUCARISTÍA EN LA IGLESIA DEL HOSPITAL

Pasó un año, estamos en 1810. Juan como pasionero en el Hospital de Convalecientes, confesaba a los enfermos que se acercaban a él buscando consuelo y aliento. Celebraba misa y otros sacramentos. Muchos niños fueron bautizados aquí. Casi todos ellos procedentes de la Inclusa.

Ya desde 1809, las Hermanas hicieron de madrinas junto a otras trabajadoras del lugar de los niños bautizados y que vivían en la inclusa bajo su atención y cuidado por el abandono que habían sufrido. Existió aquí un acompañamiento real y duradero entre las Hermanas y los pequeños. Sobre todo, por parte de María Ràfols.

Un día Juan congregaba a todos los enfermos que podían moverse de sus camas, y a las Hermanas, para celebrar la Eucaristía en la Capilla del Hospital de Convalecientes. Los niños, bien aseados con la ayuda de las Hermanas, se sentaban en primera fila. Les encantaba ese momento. Salían de la rutina. Escuchaban con atención las homilias del Padre Juan y, especialmente cuando les hablaba del Himno del Amor. La Carta a los Corintios, 13.

DE NUEVO EN LA INCLUSA. ENSEÑA EL RESPETO MUTUO

Pasó otro año y el 29 de abril de 1811 toma el mando del Hospital una nueva Sitiada, impuesta por los franceses. Las cosas a partir de este momento no serían igual de favorables para Juan Bonal y las Hermanas.

Cuando Juan llegó a la sala de estos niños, para su sorpresa, se encontró con que dos de ellos se estaban peleando. Uno de ellos, le lanzó a otro que logró esquivar, una esfera de madera que atravesó uno de los cristales de las ventanas. Juan pensó que si le hubiera dado, lo hubiera matado. No se enfadó con ninguno de los dos. Los chicos al ver a Juan se quedaron mudos. Quietos en el lugar. Juan los cogió del brazo y los sentó uno en frente del otro. Les preguntó si conocían al primer hombre de la historia que mató a su hermano. Los chicos no sabían nada. Nada de eso habían escuchado nunca. Juan entonces les contó la historia de Caín y Abel (Génesis 4, 1-16).



Los chicos se quedaron blancos. Estaban arrepentidos de sus actos. Juan pudo leerlo en sus ojos. Pero no satisfecho con esto, les contó la historia de otros dos hermanos, en este caso la de Esaú y Jacob (Génesis 25, 19-34).



CAPÍTULO 4: MADUREZ SE HACE LIMOSNERO DEL HOSPITAL

Hablando con la Junta afrancesada recuerda cuando su amigo Palafox le mandó pedir por la ciudad. La vida de Juan iba, a partir de este momento, a dar un vuelco tremendo. Juan tenía entonces cuarenta y seis años.

A la nueva Junta de Gobierno le convenía que Juan se dedicase a pedir limosna de manera oficial, en nombre y a favor del Hospital fuera de los límites de la ciudad. El objetivo era que cuanto más lejos se fuera mejor. De este modo lo tendrían alejado del Hospital, de los enfermos, de las Hermanas. Sencillamente no querían que Juan fuese el confesor y guía de las Hermanas. La Sitiada tenía miedo de que Juan pudiera influir sobre éstas más que ellos. ¡Cobardes!. A partir de ese momento, Juan debería recoger en un cuaderno todo lo que le diesen. No podía ni debía olvidarse de anotar el más mínimo recurso que le dieran.

Desde ahora, Juan iría acompañado. En las primeras salidas lo haría Sanclemente, un ayudante del Hospital, muy cercano a la Sitiada que llevaría un seguimiento exhaustivo de sus tareas. Juan aceptó todas las condiciones y se preparó para salir lo antes posible. En adelante, visitaría aldeas, villas, pueblos medianos y grandes de media España pidiendo limosnas. Son las llamadas “Veredas”, que fue preparando y recorriendo durante quince años. Desde el momento de su partida, sería veredero, limosnero y pordiosero en beneficio del Hospital que tantos recursos y donaciones necesitaba para su buen funcionamiento y bienestar de los enfermos.

REZA Y OFRECE A DIOS TODO SU DOLOR

Juan salió de Zaragoza acompañado de Sanclemente a horas muy tempranas de la mañana. Salieron los dos montados a caballo. En uno de los caminos, entre la ciudad de Zaragoza y una aldea, se detuvo con intención de rezar. Para ello prefirió distanciarse unos metros de su compañero de viaje. Este se entretuvo mirando el paisaje. Juan aprovechó entonces para pensar. Necesitaba estar solo.

Lo estaba pasando realmente mal. La pena la llevaba por dentro. Sólo él sabía en ese momento cómo se sentía realmente. Recordó lo mal que lo pasó tiempo atrás, cuando se quedó solo, sin ningún hermano que lo acompañase.



El momento aquel en el que todos se marcharon dejándolo solo como el único varón posible para guiar a las Hermanas en ese deseo de fundar y hacerse Congregación en un futuro lejano.

Su dolor era profundo. Estaba realmente triste por haber sido apartado de sus hermanas.

Rezó. Pidió a Dios que lo acompañase. Y confió... Quiso seguir confiando en las razones que podía tener el de arriba para que le siguiera poniendo obstáculos tan grandes en el camino de su vida.



PIDIENDO LIMOSNA EN UNO DE TANTOS PUEBLOS

Pasaron los días haciendo la vereda, Juan llamó a la puerta de una casa. La golpeó con los nudillos. Una niña de cinco años le abrió. Detrás de ella, otra de siete y detrás de esta, dos niños de unos diez y doce años.

—Hola Señor. ¿Qué quiere? —interrogó la más pequeña.

—¿Viene a bendecir nuestra casa? —preguntó el mayor de todos.

—Hola pequeños, ¿están mamá o papá por casa?

—No, están trabajando en el campo —respondió el mayor.

—Entonces me pasaré en otro momento si es posible —respondió Juan.

—¿Qué quería, Padre? —preguntó esta vez uno de ellos.

—Pido limosna para niños como vosotros que están enfermos en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza.

Los cuatro prestaron ahora mayor atención. Los ojos se les iluminaron.

—¿Le valen unas monedas? —interrogó de nuevo el mayor.

—¡Claro que sí!

—¡Tome! —exclamó al tiempo que sacaba del bolsillo de su pantalón dos monedas—. Son mis ahorros, pero no me importa dárselos. A mis hermanos y a mí no nos hacen tanta falta.

—Gracias hijo, eres una gran persona.

VISITA A LAS PERSONAS NECESITADAS DE DIOS



A la mañana siguiente, después de haber pasado la noche en la casa parroquial del pueblo, Juan pidió permiso al párroco que los había hospedado a él y a Sanclemente para que lo autorizara a quedarse a confesar a los que se acercaban a la iglesia y se habían enterado de su llegada. Y así fue. Juan pasó gran parte de la mañana confesando a unos y a otros. La voz se corrió rápido por el pueblo. Las gentes se acercaban para reconciliarse con Dios. Sanclemente, disgustado por la decisión de Juan y en contra de su voluntad, se marchó a pasear por el pueblo a la espera de que Juan terminara y pudieran seguir pidiendo limosna puerta por puerta. Sanclemente estaba desesperado, pero sabía que, llegados a ese punto, poco o nada podía hacer para que Juan le obedeciera.

PRESENTA LAS CUENTAS DE LAS LIMOSNAS RECAUDADAS



Pasaron días y días. A su regreso a Zaragoza, la Sitiada convocó a Juan para dar cuenta de todo lo que había recaudado. Previo a esa reunión, Sanclemente se adelantó para hablar con los señores de la Junta de Gobierno. Por un lado, les informó de que no se fiaba de que todo lo recaudado, en cuanto a monedas se refería, estuviera realmente apuntado en el libro de cuentas y, por tanto, quedase como donado a favor del Hospital. Por otro lado, manifestó no entender el hecho de que dedicara tanto tiempo a escuchar, confesar y acompañar a tantas gentes que se le acercaban por los caminos. En ese tiempo, según su pensar, podría estar recogiendo mayor cantidad de limosna para el Hospital.

La Sitiada, que escuchó con atención a Sanclemente tomó nota de todo. Ahora le harían dar cuenta al Padre Juan de todo lo recaudado. Estaban deseosos de encontrarse con él. Como si el haber escuchado todas estas cosas los hiciera más fuertes a cada uno.

Sanclemente se retiró. Juan entró. Después de exigirle cuentas exhaustivas de todo lo recogido, le insistieron en que no se detuviera en otras actividades distintas a la cuestación para el Hospital.

Poco a poco se fue reconociendo la incansable labor del Padre Juan a favor de los pobres del Hospital y confiando en él.

Juan llevaba siempre consigo su propia limosnara, la había hecho con un poco de madera que rescató de las ruinas, del antiguo Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza, antes de que fuera totalmente demolido a causa del incendio que se produjo por las bombas napoleónicas. El cajón, pequeño y con asa, sería donde guardaría las monedas que le dieran. Soñaba con tenerlo repleto de dinero con el que poder comprar alimento y demás.



EN LA CASA DE MISERICORDIA DE HUESCA JUEGA CON LOS NIÑOS EXPÓSITOS

En una de sus últimas veredas, Juan se levantó muy temprano. A las seis de la mañana ya estaba preparado para salir del Salz de vuelta a Zaragoza. En sus mapas había trazado la nueva ruta que haría partiendo desde la ciudad con el objeto de seguir pidiendo limosna para el Hospital.

Esta vez, se acercaría primero a la Casa de la Misericordia de Huesca para visitar a los niños expósitos que las Hermanas de esa Comunidad tenían a su cargo. Y para visitar, claro está también, a las Hermanas. Sus Hermanas.

Todos se alegraron mucho de verse. Cuánto tiempo había pasado... Juan dedicó un largo rato de la mañana a jugar con los niños enfermos que las Hermanas atendían sin descanso. Los cuidaban día y noche. No era tarea de unas horas. Era una misión diaria y comprometida. Y otro rato, lo dedicó a conversar con las Hermanas.



CON LAS HERMANAS DEL HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA

Juan no se conformó con visitar solamente la Casa de la Misericordia sino que se acercó también al Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza. Allí comería con las Hermanas y de ahí volvería a Zaragoza.

De camino por las calles de Huesca, entre un lugar y otro, un señor al reconocerle con la sotana de cura, le regaló dos gallinas confiando en que las emplearía como mejor considerase. Juan aceptó el obsequio. Se mostró agradecido y continuó su camino. Juan comió con las Hermanas que se alegraron también mucho de verle y después visitó a algunos enfermos del Hospital. Con algunos se detuvo a confesarlos. El tiempo entonces se le volvió a pasar muy deprisa. Cuando hizo todo esto siguió su camino de vuelta a Zaragoza, no sin antes despedirse de las Hermanas que lo esperaban en la puerta.

Las besó y abrazó a todas. La última de la que se despidió fue de la Superiora que lo esperaba con otra gallina más que le regaló.



LOS DEMENTES DEL HOSPITAL INSPIRAN SU ULTIMA VEREDA

Cuando Juan llegó a Zaragoza era muy tarde. Estaba cansado. Estimaba oportuno salir en dos o tres días a pedir limosna. Acababa de llegar y ya estaba pensando en cuando saldría.

En los días que permaneció en Zaragoza, Juan visitó a los enfermos dementes del Hospital. Entonces, algo se le movió por dentro. Sintió tristeza de su estado y de cómo estos apenas tenían un lugar realmente bien acondicionado para atender su enfermedad. En una de esas, le vinieron muchas ideas a la cabeza. Como si alguien lo hubiera cogido y zarandeado hasta la saciedad. Se mareó solo de intentar poner en orden todo lo que ahora le rondaba por la cabeza. Se paró. Se serenó. E intentó organizar todas sus ideas. No lo consiguió.

En medio de ese caos mental, Juan empezó a soñar la construcción de un nuevo pabellón, anexo al Hospital, que alojara a los dementes adultos. Quería lo mejor para ellos. Esta idea le rondó varios días por su cabeza. No terminaba de ver de dónde sacaría tanto dinero, cómo sería el edificio, qué necesidades mínimas debería cubrir, etc. Fue tanto su querer hacer algo que, decidió entonces partir de nuevo al Salz para aclarar todas estas ideas y ponerlas en marcha.



MUERE EN EL SALZ. PONE SUS SUEÑOS EN EL CORAZÓN DE DIOS

En el Salz, Juan pasaría unos dos o tres días, planificando la nueva vereda que llevaría a cabo en beneficio de los dementes de su Hospital. Llevó consigo tres libros de mapas y una carpeta muy estropeada.

Los días se sucedieron y Juan aún seguía trabajando. Al tercer día, Juan vomitó. Vomitó, sí, muchas veces. Y se fue a la cama sin entender muy bien qué le había pasado. Durmió.

A la mañana siguiente, se despertó vomitando también. Ahora le dolía la barriga. Ese día no comió ni cenó, tampoco salió de la habitación. Era la mañana del quinto día, Juan se sintió mucho peor. Pasó todo ese día como el anterior, metido en la cama y sin comer nada. Se llevó la carpeta a la cama. Se acomodó y de ella sacó un pequeño cuaderno. Su Cuadernito. El mismo que él había redactado y en el que quedaba recogido el proyecto entregado a las Hermandades en 1805. Las Hermanas, se referían a él cariñosamente como el Cuadernito del Padre Juan. A la mañana del sexto día, Juan se encontraba más débil que nunca. El ruido que producían sus arcadas alertó a uno de los huéspedes que esa noche se había alojado en la hospedería de la ermita.

El huésped, sabiendo que el enfermo podría ser Juan por la costumbre que este tenía de retirarse allí, dio el aviso de su estado a dos de las Hermanas de Huesca. Estas, a su vez, avisaron a las Hermanas de Zaragoza.

Las dos Hermanas de Huesca llegaron poco antes que las de Zaragoza. Lo socorrieron como mejor pudieron y supieron, sin entender muy bien la enfermedad que estaba padeciendo.



Esa noche del sexto día, Juan se quedó pensativo en la cama, como paralizado. Echaba de menos su pueblo, Terrades. Hacía tiempo que no lo recordaba. Las calles de su pueblo le vinieron con fuerza a la cabeza. Alcanzó de nuevo su carpeta del suelo junto con su cuadernito. Ambas cosas las dejó en la cama. Cogió esta vez solo la carpeta. Hurgó en ella unos segundos. Al fin, consiguió sacar un papel. Lo sostuvo entre sus manos. Un escalofrío le recorrió entonces el cuerpo de los pies a la cabeza. Se le puso un nudo en el estómago. Observando la hoja se conmovió. Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

Y, sin esperarlo, en ese momento, el 19 de agosto de 1829, entregó su alma a Dios.

En sus manos, sostenía el dibujo coloreado de un pueblo rodeado de montañas. El que pintó siendo un niño cuando estaba en la escuela.





SU SUEÑO
SE HA HECHO
UNA
REALIDAD
UNIVERSAL



*Congregación de las
Hermanas de la Caridad de Santa Ana*